

M

mantis religiosa

marabú

mariposa

mirlo

mono

mosca

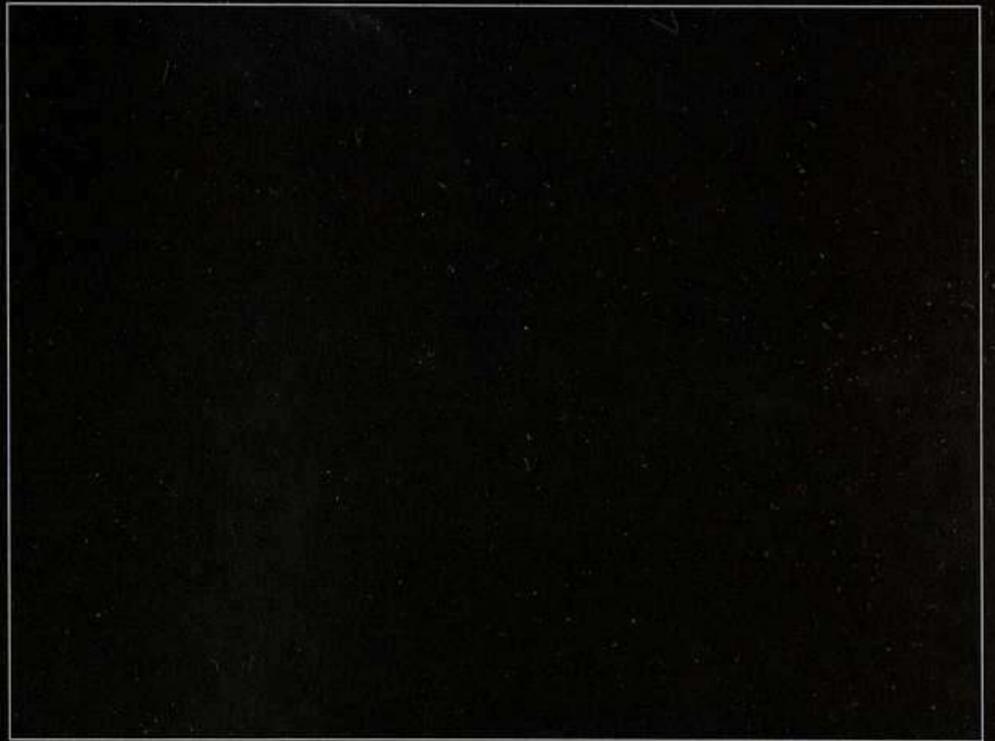
mosquito

mulo

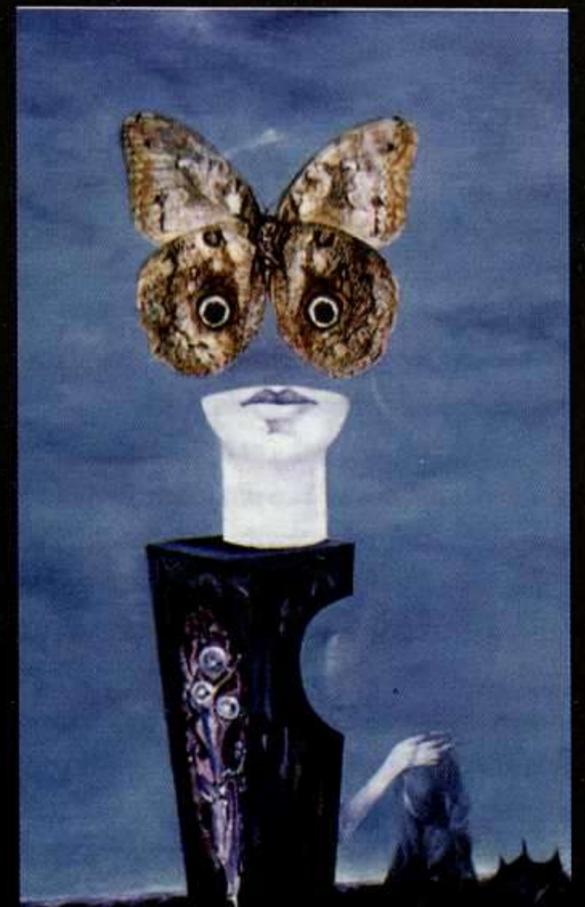
murciélago



Oskar Kokoschka Mandril 1926



Pilar Bernabeu La mirla de la Marea 2005



Wolfgang Paalen Toisón de oro 1937

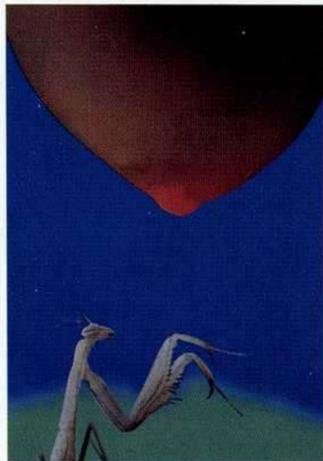


Óscar Domínguez La mantireligiuse 1938

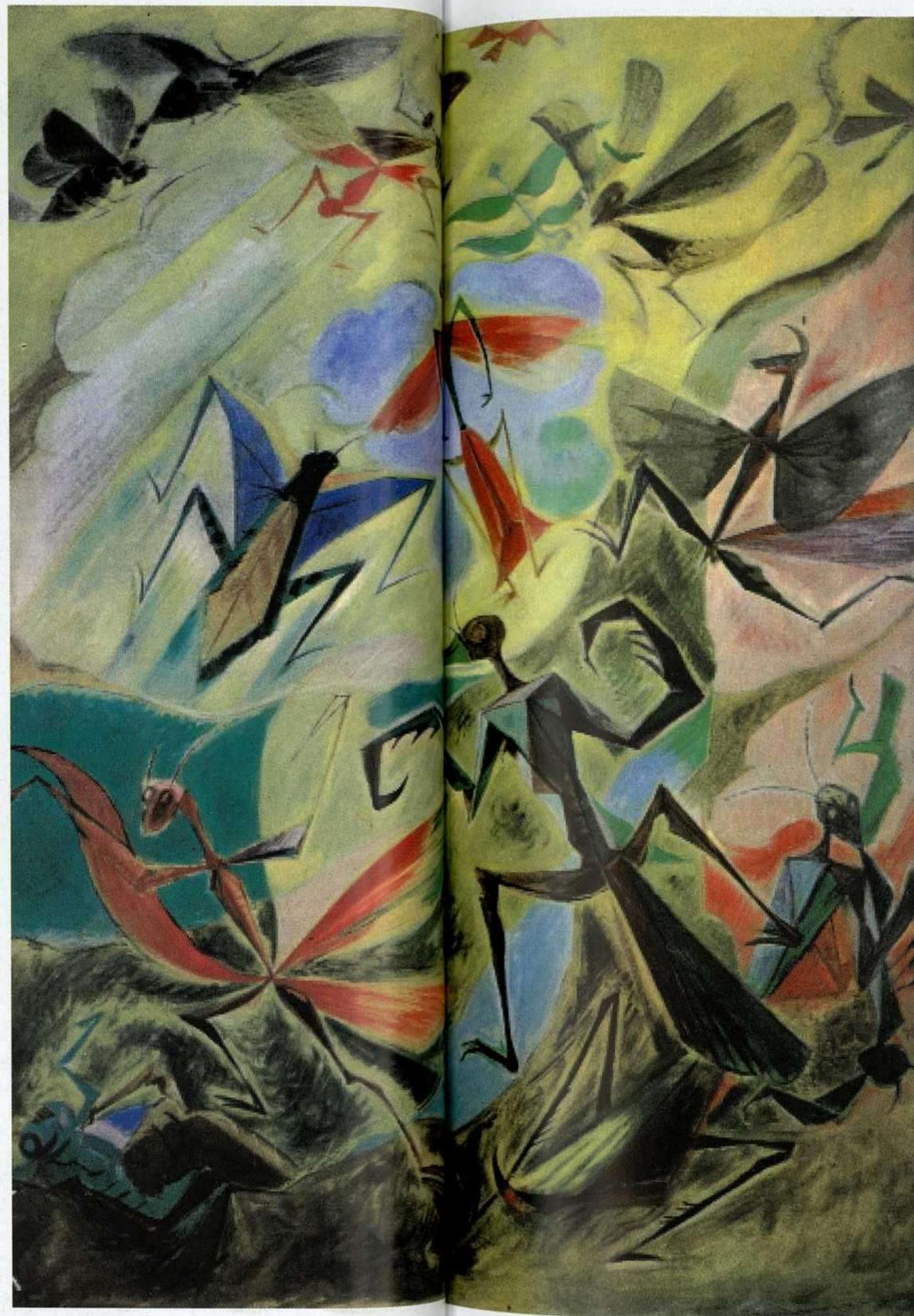
Ángel García López

La mantis religiosa, sexo en pena desde hace el tiempo en que engulló al difunto, para encontrar varón que sustituya, viste corpiños de ceñido talle y escuetas minifaldas atrevidas que dibujen sus piernas afiladas y el resto expliquen del camal tesoro.

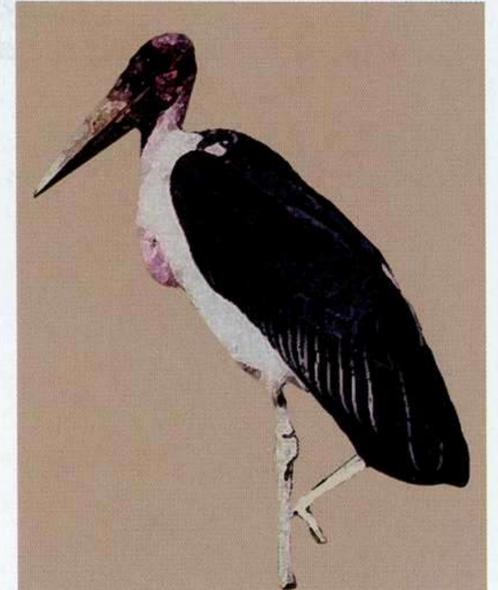
Pero es en balde tentación que exponen su rostro maquillado, el seno alto, las curvas pronunciadas y el esmero de desnudar el élitro atractivo, porque todos conocen busca boda con novio sin usar que, más que amante, le conforte el estómago viudo.



Jorge Rueda 1985



Andre Masson Diversión veraniega 1934



Guillermo Carnero

ERÓTICA DEL MARABÚ

Mirad el marabú, el pájaro sagrado. Escruta el devenir, busca marsupio en la tragedia, degusta la carroña picotea cucuyos, cuando regresa al nido con el buche bien lleno pliega las alas VED el valioso plumón, escruta el devenir es el sagrado avizora los ojos de las muertas los deglute, no es un animal tierno y sin embargo vela a la luz de su buche zancas de marabú, pico amarillo, torpes inclinaciones olfatorias, su digerir es una ontología, plumas negruzcas, su plumonpoemas, el valioso plumón para el aposteriori y exhibiciones-de-las-damas.

Octavio Paz



EJEMPLO

La mariposa volaba entre los autos.
Marie José me dijo: ha de ser Chuang Tzu,
de paso por Nueva York.

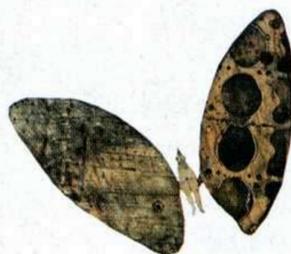
Pero la mariposa
no sabía que era una mariposa
que soñaba ser Chuang Tzu
o Chuang Tzu

que soñaba ser una mariposa.
La mariposa no dudaba:
volaba.

Ángel Guache

OLVIDO

En el campo de amapolas,
se deshizo,
se transformó en polvo amarillo
la mariposa entre mis dedos.
Sólo polvo amarillo entre mis dedos.



Juan Ramón Jiménez

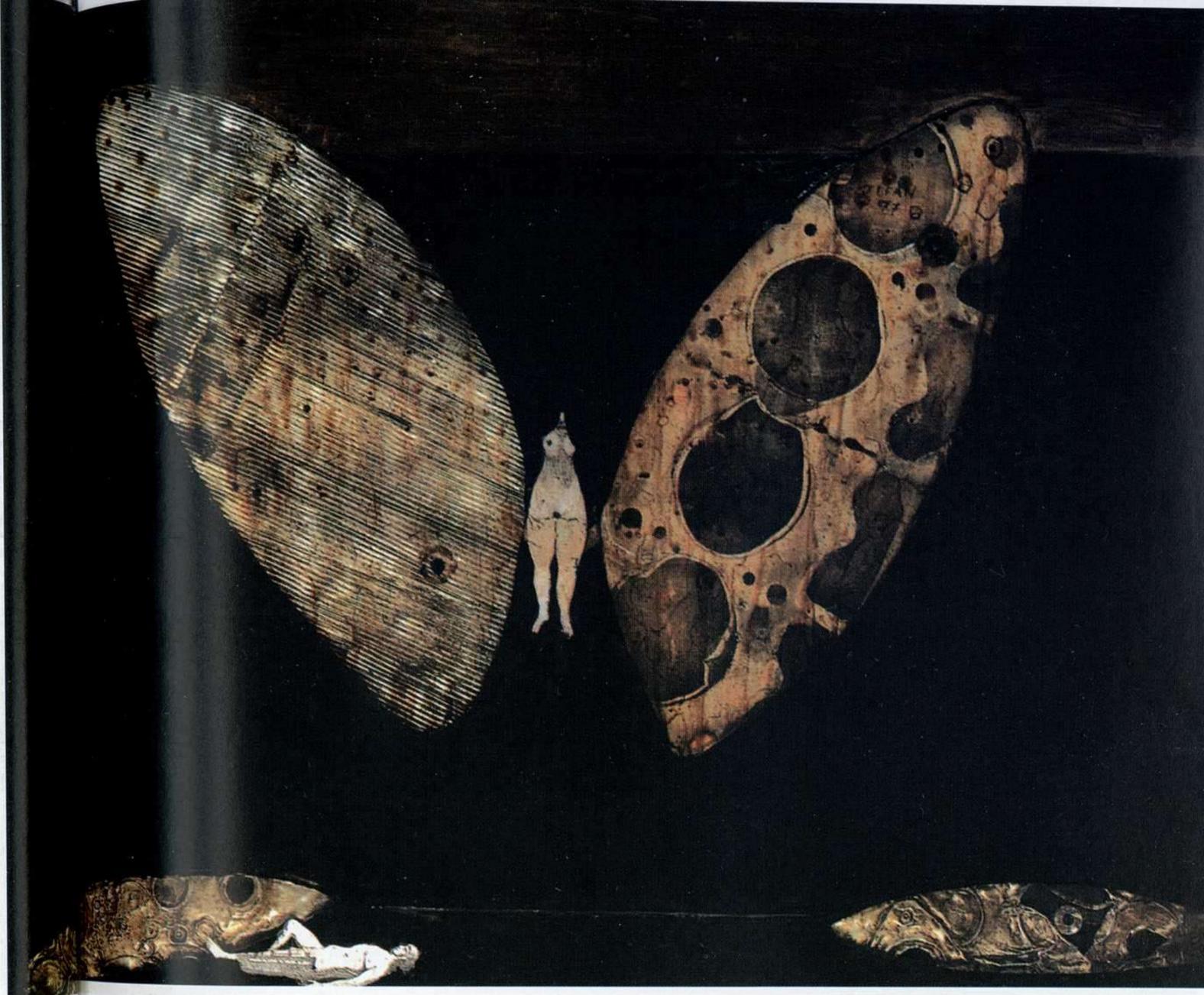
La mariposa
¡qué pensativa es!

Va por las flores
de la tarde —insistente
en lo amarillo un punto eterno del jardín—,
como el alma en amor por los recuerdos.

Jesús Munárriz

EXTRAVÍO

Revolotea
en el andén del metro
la mariposa.



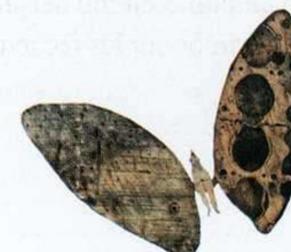
Stefan von Reistwitz Ascenso parcial 1977

Julia Otxoa

DOS MARIPOSAS BLANCAS

Aquella noche la abuela trajo dos
mariposas blancas
y las colocó sobre los ojos del durmiente,
más tarde, cuando tras la cabeza de la
luna
asomó frío el aullido del lobo,
los sueños de aquel hombre
que dormía bajo las mariposas,
nos ayudaron a crecer en la serenidad.

Todo lo que hay es una mariposa



Gonzalo Rojas

Luis Cernuda

EL MIRLO

Marzo anochece gris entre los olmos desnudos, aunque sobre la hierba, donde el asfodelo y el jacinto ya apuntan en sus tallos, están abiertas las corolas del azafrán, encendidas de color lo mismo que una mejilla fresca contra este aire punzante. Cerca, desde tal cima sin hojas o cual alero, echándose penas a la espalda, silba sentido e irónico algún mirlo.

Tiene su cantar ahora la misma ligereza sin cansancio ni sombra que tuvo a la mañana, y al recogerse tras de la jornada volandera calla en su garganta la misma voz alegre de su despertar. Para él la luz del poniente es idéntica a la del oriente, su sosiego de plumas tibias ovilladas en el nido, idéntico a su vuelo de cruz loca por el aire, donde halla materia de tantas coplas silbadas.

Desde el aire trae a la tierra alguna semilla divina, un poco de luz mojada de rocío, con las cuales parece nutrir su existencia, no de pájaro sino de flor, y a las cuales debe esas notas claras, líquidas, traspasando su garganta. Igual que la violeta llena con su olor el aire de marzo, el mirlo llena con su voz la tierra de marzo. Y equivalente oposición dialéctica, primaveral e invernal, a la que expresa el tiempo en esos días, es la pasión y burla que expresa el pájaro en esas notas.

Como si la muerte no existiera, ¿qué puede importarle al mirlo la muerte?, como si ella con su flecha pesada y dura no pudiera pasarle, silba el pájaro alegre, libre de toda razón humana. Y su alegría contagiosa prende en el espíritu de quien oscuramente le escucha, formando con este espíritu y aquel cantar, tal la luz con el agua, un solo volumen etéreo.



José Bergamín

El viento ha sacudido las ramas de los árboles cubriendo de hojas secas los oscuros caminos que espejan en el suelo un fulgor luminoso y relampagueante de soles amarillos.

Sobre la luz brumosa se recorta en el aire la nítida negrura del vuelo de los mirlos que, aquí y allí, en parejas de nocturno destello, cruzan llevando un ascua encendida en el pico.

Los mirlos. El Otoño. La soledad del parque con extraña presencia de lumbres trascendido en crepitantes llamas de una escondida hoguera, enciende el pensamiento, y el alma en los sentidos.



Jorge Lindell Mirlo 1995



¿Qué tiene el canto del mirlo? El pico queda al rojo

Enrique García Marquez

Jacobo Cortines

EL MIRLO DE LA TARDE

De jardín en jardín, de casa en casa,
al acabar la tarde siempre llega
el negro mirlo de amarillo pico.
Y duerme en el naranjo cuyas hojas
le resguardan del frío como sábanas
que una madre amorosa dispusiera.
Y al salir la mañana baja al suelo,
y con la cola en alto corretea
sorteando los troncos y el estanque.
Alza después el vuelo a ras de tierra
y desfila veloz bajo sus alas
el diminuto bosque de arrayanes.
Y sube más, y más, y lanza un grito,
y en las blancas paredes se dibuja
una línea carbón de despedida.

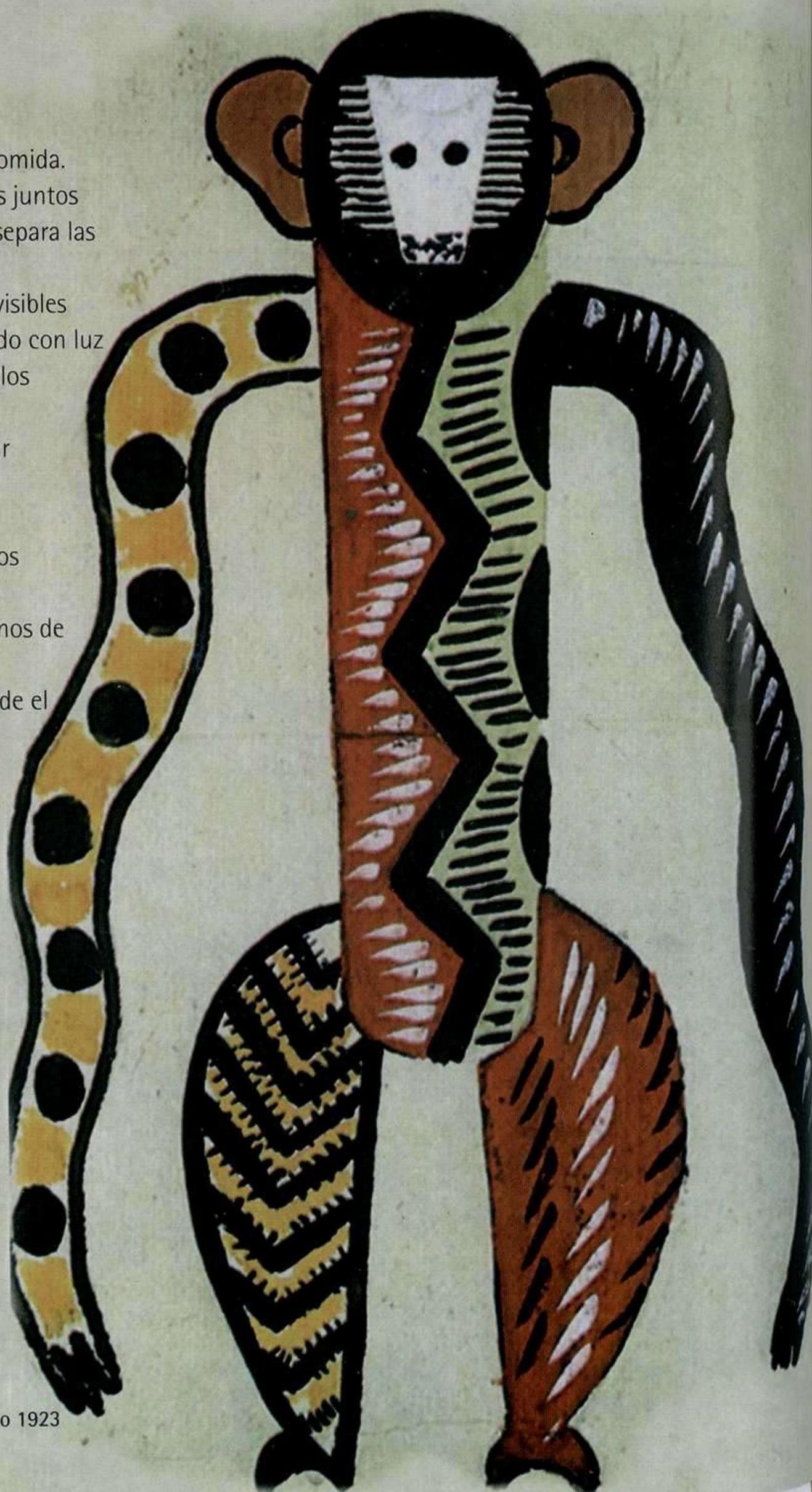
Jesús Aguado

LOS MONOS

Entraba en las casas para buscar comida.
En realidad querían que jugásemos juntos
a vivir suspendidos en el aire que separa las
cosas.

Ellos acercan: trazan las hebras invisibles
que van de todo a todo, van hilando con luz
el cuerpo de las casas, los árboles, los
templos
para hacer de este mundo un lugar
donde vivan
los seres abrazados. Su deber
consiste en destrozar, con sus saltos
hermosos y sus gritos,
la distancia que esconde unas manos de
un rostro,
una rama robusta de un pretil desde el
que pende una campana,
a un hombre de sí mismo.

Y, sin embargo, había
quien les tenía miedo y les hacía
frente con un palo:
no alcanzaban al mono sino a su
propia soledad.



Fernand Léger Mono 1923

Antonio Machado

LAS MOSCAS

Vosotras, las familiares,
inevitables golosas,
vosotras, moscas vulgares,
me evocáis todas las cosas.

¡Oh, viejas moscas voraces
como abejas en abril,
viejas moscas pertinaces
sobre mi calva infantil!

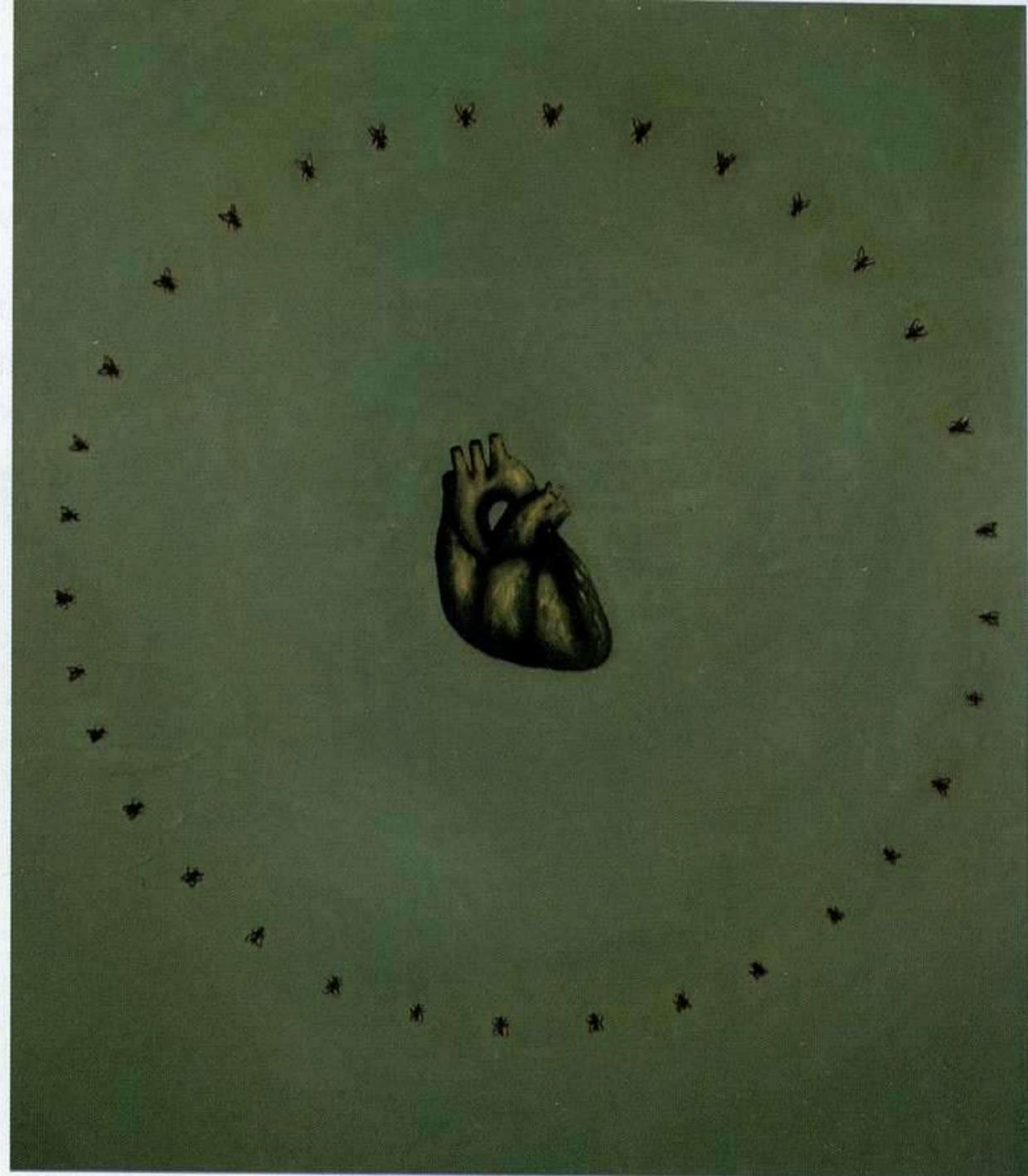
¡Moscas del primer hastío
en el salón familiar,
las claras tardes de estío
en que yo empecé a soñar!

Y en la aborrecida escuela,
raudas moscas divertidas,
perseguidas
por amor de lo que vuela,

—que todo es volar—, sonoras
rebotando en los cristales
en los días otoñales ...

Moscas de todas las horas,

de infancia y adolescencia,
de mi juventud dorada;
de esta segunda inocencia,
que da en no creer en nada,



Sebastián Navas Corazón y moscas (Detalle) 2005

de siempre... Moscas vulgares,
que de puro familiares
no tendréis digno cantor:
yo sé que os habéis posado
sobre el juguete encantado,
sobre el librote cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos
de los muertos.

Inevitables golosas,
que ni labráis como abejas,
ni brilláis cual mariposas;
pequeñitas, revoltosas,
vosotras, amigas viejas,
me evocáis todas las cosas.



Manuel Quejido Mosca 1979

La mosca se rasca
la testa.
La coge una basca.
Se acuesta
de lado.
Y da un revoleo
(cansado).

Dámaso Alonso

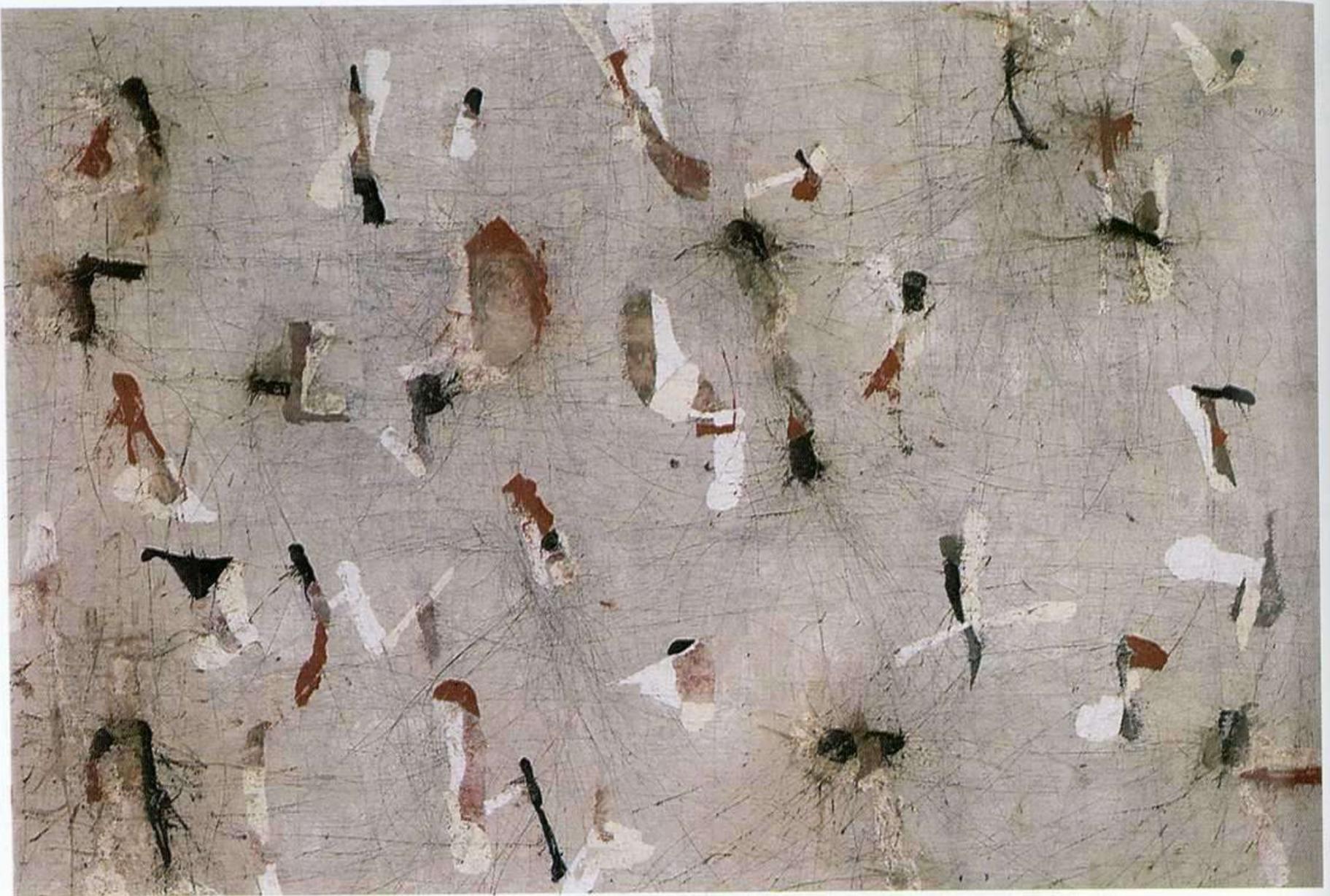
Leopoldo María Panero

MOSCA

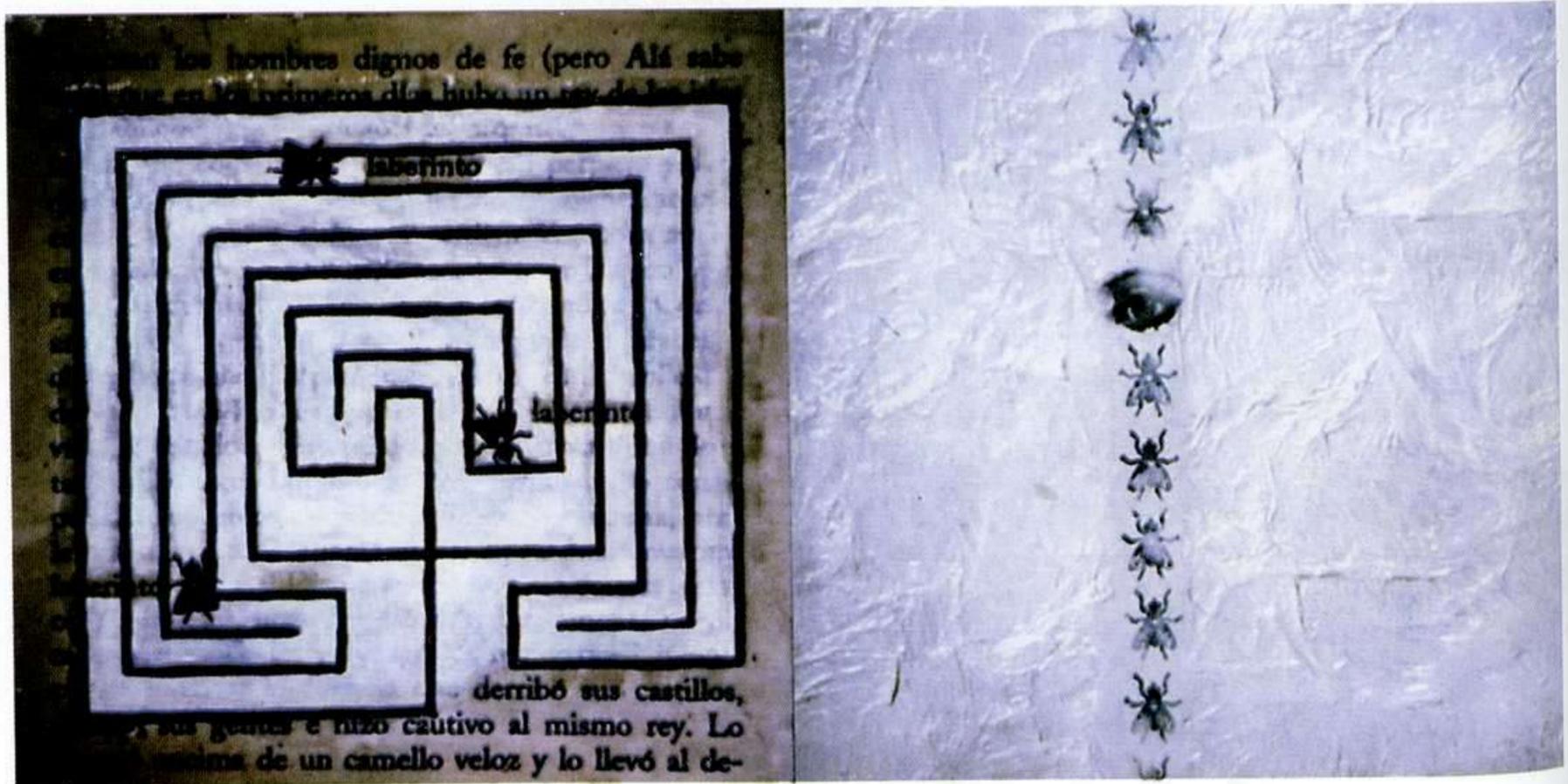
Ángel fui, de belleza henchido
de hombres y, mujeres celebrado
hoy mi rostro recuerda al pecado
y miro con el ojo de la mosca.
Efebo fui, rey del blanco esperma
mi culo fue entre otros celebrado:
hoy, miro con el ojo de la mosca.
Amé la primavera, temí la muerte:
hoy la noche del alcohol es todo lo que queda
y la mosca vuela en torno del retrete.
Rey de la palabra, mis poemas
fueron de todos ensalzados:
hoy sólo es el insistente zumbido de la mosca
volando y volando en torno del retrete.
Negra es mi alma, negro es mi olor
peor aún: sin color ni forma
sólo el insistente zumbido de la mosca
que susurra en la noche de todos mis amores perdidos,
y caídos en la sombra del retrete.
Luché contra Badel, y la llené de sangre
buscando en ella la belleza, el orden, la
justicia: no preveía
este final al borde del retrete
donde mis días son atrocamente el mismo
día, mirado por el ojo de la mosca:
volando, volando en torno del retrete.
Tú que fuiste rubia, y que me amaste
di algo, una palabra solamente
a esta mosca que no es digna aún ni nunca
de entrar en tu casa, donde otras moscas
vuelan y vuelan en torno del retrete.
La elegía, la oda, la aliteración, la metáfora
el verso acentual y el verso latino
nada decían de esta mosca final
esperando aquí para siempre, absurdamente
vigilando la tapa del retrete.

Y moriré algún día como la mosca
española, que dura un poco más
en el invierno, cayendo seca al suelo
para que otra mosca también,
nacida héroe o poeta
¡vuele, vuele otra vez sobre la tapa del retrete!

Salvador Dalí Moscas (Detalle)



Enrique Brinkmann Moscas 1988



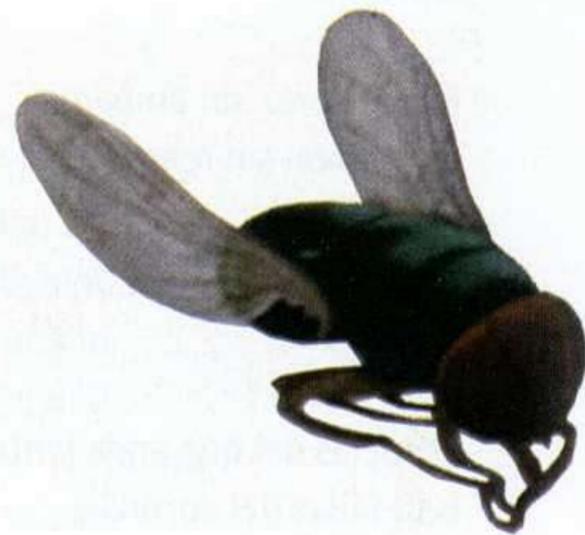
Paco Rossique Desierto (Díptico) 2001



Salvador Dalí Torero alucinógeno
(Detalle) 1968-70

José Corredor-Matheos

Por las moscas,
que tanto me incomodan,
sé que existo.
Seguid siendo testigos,
dad fe de mi existencia.
No acierto a imaginar
lo que sería
un mundo sin vosotras.
Os ahuyento y respeto
vuestra vida,
sagrada como todas.
Hay en vosotras algo
que me dice
que debo aprovechar
vuestra presencia
y descubrir mi vuelo
en vuestro vuelo.



**La mosca se posa sobre lo escrito, lo lee y
se va como despreciando lo que ha leído.
¡Es el más exigente crítico literario!**

Ramón Gómez de la Serna

Rafael Alberti

BALADA DE LOS MOSQUITOS

Mosquitos, si me dejáis,
voy a cantaros, mosquitos,
mejor que como cantáis.

Gallos furiosos del alba,
perros rabiosos del cielo,
legión de picas,
nube de espadas,
mosquitos.
Iguanodontes del sueño,
elefantes de las sombras,
gatos garduños,
leones sedientos,
mosquitos.

Zarzamoras voladoras,
espinos desesperados,
cerco de púas,
yucas furiosas,
mosquitos.

Fuego voraz sin amparo,
sarampión sin remedio,
viruela roja,
sello cáustico,
mosquitos.

Espuelas del que anda lento,
bofetadas del dormido,
del no dormido,
del mal despierto,
mosquitos.

Picanas del campesino,
vampiros del que trabaja,
del que se mueve,
del pensativo,
mosquitos.

Punzones de los caballos,
alfileres de la siesta,
plaga de agujas
de los rebaños,
mosquitos.

Asesinos del poeta,
verdugos de esta balada,
enterradores.
Al fin, mosquitos,
mosquitos.

Rafael Espejo

EL MOSQUITO

Su danza

alrededor
del flexo

ausculta
el pulso de la luz,
el faro del insomnio.

Se detiene.

Se va
de la pluma

a la bombilla
de la bombilla a mí.

¡Qué cortejo a la sangre,
dulce en verano!

Con apetito frota
sus manitas de alambre.

Yo me dejo chupar
complacido. Satisfecho
levanta el vuelo

y se adentra en la noche,
dos gotas más pesado.
Eso es todo:

su liviana picadura,
su débil circunstancia.
Como tú.

Como este poema
del mosquito.



Buly Mosquito 2001

Luis Feria

MOSQUITO

Si te busco las vueltas, dominguito,
matamoros de a perra, don zonzún,
se te engolleta el papo de niño malmandado,
solmirredó de plañidor fuñique,
zinzirindín de pico de organdí.
Tú lo que tienes es mucha tuntunita,
y mucho tiquismiquis, y mucho filtré.
Aprende de este ejecutivo
agresivo, efectivo, despectivo, selectivo.
... Pero oye, qué es esto, no te me acerques tanto,
no me des tantos besos, que uno no es de piedra,
que me matas, tarzán.
Ay, madre, vaya trance, ay, qué bajo he caído.
Infelice di me.

José Lezama Lima

RAPSODIA PARA EL MULO

Con qué seguro paso el mulo en el abismo.

Lento es el mulo. Su misión no siente.
Su destino frente a la piedra, piedra que sangra
creando la abierta risa en las granadas.
Su piel rajada, pequeñísimo triunfo ya en lo oscuro,
pequeñísimo fango de alas ciegas.
La ceguera, el vidrio y el agua de tus ojos
tienen la fuerza de un tendón oculto,
y así los inmutables ojos recorriendo
lo oscuro progresivo y fugitivo.
El espacio de agua comprendido
entre sus ojos y el abierto túnel,
fija su centro que le faja
como la carga de plomo necesaria
que viene a caer como el sonido
del mulo cayendo en el abismo.

Las salvadas alas en el mulo inexistentes,
más apuntala su cuerpo en el abismo
la faja que le impide la dispersión
de la carga de plomo que en la entraña
del mulo pesa cayendo en la tierra húmeda
de piedras pisadas con un nombre.
Seguro, fajado por Dios,
entra el poderoso mulo en el abismo.

Las sucesivas coronas del desfiladero
—van creciendo corona tras corona—
y allí en lo alto la carroña
de las ancianas aves que en el cuello
muestran corona tras corona.
Seguir con su paso en el abismo.

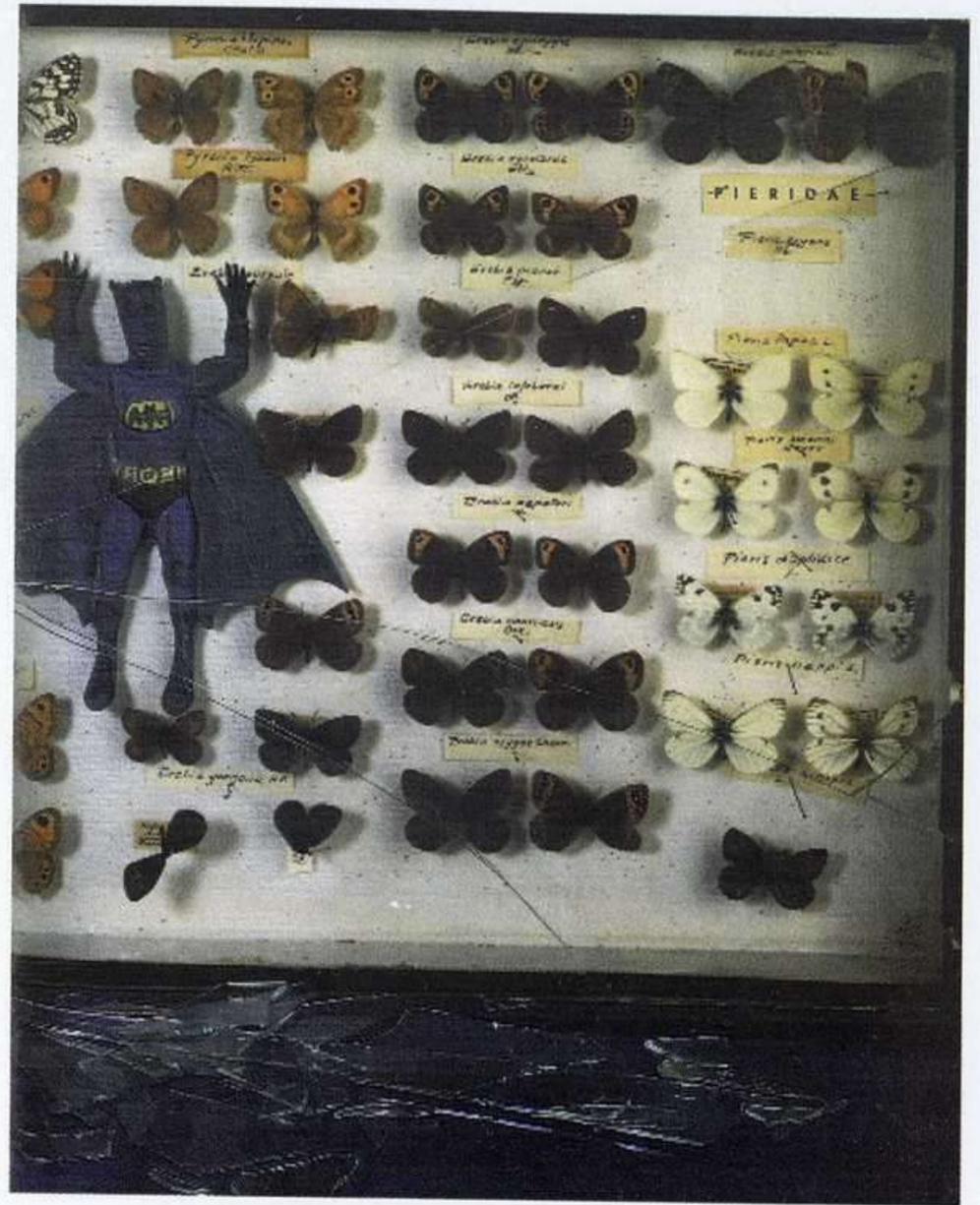
Él no puede, no crea ni persigue,
ni brinca sus ojos
ni sus ojos buscan el secuestrado asilo
al borde preñado de la tierra.
No crea, eso es tal vez decir:
¿No siente, no ama ni pregunta?
El amor traído a la traición de alas sonrosadas,
infantil en su oscura caracola.
Su amor a los cuatro signos
del desfiladero, a las sucesivas coronas.

Rafael Alberti

CANCIÓN 14

Yo mataba los murciélagos
en torres frente a la mar.
Hoy, en balcones lejanos
de la mar y frente a un río,
pasan, negros, por mi frente
y no los quiero matar.

Murciélagos de los días
torreados, frente al mar:
yo os mataba, pero ahora
que está cayendo la tarde
tan lejos de aquella mar,
aunque paséis por mi frente
—¡seguid!—, no os puedo matar.



Carlos Pazos Batman mariposeando (Detalle) 1998

Los murciélagos , después de usar sus alas, las cuelgan de un perchero

Lorenzo Oliván

El murciélago vuela con la capa puesta

Ramón Gómez de la Serna

Francisco Fortuny

ARTE DE SINESTESIA

I. Murciélago

Quién pudiera tener, además de sus ojos
de ser humano —o lince—, la visión del
murciélago,
que ve con propia voz por el oído
y que, aunque no distingue los verdes de los
rojos,
allá en el hondo piélago
de las ondas oscuras vive y campa
por su respeto viendo con su extraño sentido
hasta al cínife mínimo que captura y se zampa.

Quién pudiera saber qué visión es más cierta:
si la que ve la luz o ve el sonido:
cuál es la mejor puerta
para dejarle paso a la verdad.

Yo te pido,
Madre Numen del cosmos que miras por
nosotros,
y que seguro sabes ver con todos
los sentidos posibles de tu naturaleza,
que nos concedas otros
para ver de más modos
y, gozando de nuevas perspectivas,
admirar la armonía plural de Tu belleza.

Y así cuando en la noche, con tu cuerpo
desnudo
en el que algunas veces te encarnas en tus vivas
y espirituosas carnes que nos ponen en pasmo,
tendida sobre el tálamo, el agudo
sentido del radar de que nos privas
—y le das al ratón que vuela ciego—
nos hayas dado entonces para éxtasis y
orgasmo,
nunca digamos luego,
que tu gloria, en que estamos, nos resulta
incompleta;
porque somos ingratos e insaciables, y dura,
muy dura es la cerviz que nos creciste:
además del color, la música secreta
quiero ver de tu cuerpo glorioso de hermosura
para nunca estar triste.

Mas no soy tan ingrato, porque aun sin el arte
del murciélago, sé que ya otro tanto
me has dado que lo suple en buena parte,
ya que podemos ver con nuestro canto:
Arte de Lidia oscura
contra arcaicas amnesias:
Madre de musas y de la figura
poética, creadora, como tus sinestesias.

**El murciélago.
Elixir de la sombra,
verdadero amante de la estrella
muerte del talón del día**

Federico García Lorca

